

Especialistas en Pesadillas

por Mario BENEDETTI
Exclusiva para El Día
de Inter Press Service

El reciente asesinato en Argentina del general Juan José Torres, ex presidente de Bolivia, se agrega al de 2 figuras políticas uruguayas de tanta significación como el ex senador Zelmar Michelini y el ex presidente de la Cámara de Diputados, Héctor Gutiérrez Ruiz (cuyos cuerpos aparecieron junto a los de un joven matrimonio, William Whitelaw y Rosario Barredo, también uruguayos, todos con señales de haber padecido horribles torturas), y vuelve a poner sobre el tapete la sangrienta táctica de ciertas oscuras fuerzas políticas, que un tiempo atrás ya habían asesinado, también en Buenos Aires, a un prominente chileno, el general Carlos Prats.

Tanto en los casos de Prats y Torres, como en los de Michelini y Gutiérrez Ruiz, hay un común denominador: se trata de figuras que, por su prestigio (por cierto no limitado a un sector político, sino que abarca, en sus respectivos países, a todas las fuerzas opositoras) y por su firme defensa de los derechos humanos, podrían haber sido factores aglutinantes y, en consecuencia, gravitado positivamente en cualquier concertación de esfuerzos destinados a reimplantar las garantías individuales, la vida política y cultural y la vigencia plena de la Constitución, así como a lograr el cese de las torturas y una amplia amnistía para los presos políticos. Tanto en Chile como en Uruguay y Bolivia, estas son condiciones indispensables para acabar con el mundo de pesadilla y empezar la reconstrucción de la vida comunitaria.

AHORA: EL FASCISMO

Sin embargo, hay fuerzas políticas que se especializan en pesadillas. Todavía 10 años atrás podían permitir la vigencia de las llamadas "democracias representativas", ya que, mediante el abusivo manejo de los medios de comunicación y propaganda, lograban que más de un gobierno, producto de "elecciones libres", estuviera en manos de sectores políticos que eran vistos con buenos ojos por los capitales monopólicos extranjeros.

Pero en Bolivia, Chile y Uruguay, aunque en distinto nivel, se dieron situaciones que quizás fueran consideradas altamente riesgosas para esos intereses. En Bolivia, allá por octubre de 1970, el general Torres llegó a la Presidencia

mediante un movimiento militar que depuso al general Ovando Candía e imprimió a su gobierno un fuerte tono popular y nacionalista. En Chile, Salvador Allende, como candidato de la Unidad Popular, y pese a la apabullante publicidad de la reacción, llegó al gobierno como resultado de esa misma demagogia representativa, tantas veces propuesta por Washington como paradigma político. En Uruguay, en las elecciones de noviembre de 1971, por primera vez en la historia del país las fuerzas de izquierda, unidas en el Frente Amplio, se convirtieron en la segunda fuerza política de Montevideo (capital que concentra más del 50 por ciento de la población total), con poca diferencia del partido de gobierno (Colorado) y derrotando en ese decisivo departamento al otro partido tradicional (Blanco o Nacional).

Después de la experiencia chilena, se acabó para la reacción el famoso paradigma de la democracia representativa, ya que, aparentemente, sólo era aceptable cuando permitía el triunfo de las derechas.

En Uruguay, Bordaberry disolvió el Parlamento, los partidos políticos y la Central de Trabajadores, embistió contra la Universidad y la cultura, canceló los derechos del individuo y violó abiertamente la Constitución; en Chile, el gobierno de la Unidad Popular era desalojado y el presidente Allende asesinado en La Moneda, todo ello como prólogo a la más sangrienta represión en la historia de América Latina. En cuanto a Torres, ya había sido derrocado en agosto de 1971 por un sangriento golpe militar que colocó en el gobierno a Hugo Bánzer, nuevo hombre de confianza de la reacción.

LA CIA

Al igual que cuando se asesinó a Prats, hoy se hacen conjeturas sobre si los integrantes del comando que secuestró, torturó y ultimó a Michelini, Gutiérrez Ruiz, Whitelaw y Barredo, así como los que posteriormente mataron a Torres, eran oriundos del mismo país que las víctimas o eran extranjeros mercenarios. Por supuesto es un detalle que convendrá aclarar, sobre todo si el gobierno argentino quiere evitar que Buenos Aires empiece a adquirir fama de ciudad-trampa, de ciudad-ratonera. Pero aún así, es apenas un detalle. El problema no es tanto la mano ejecutora como la mente inspiradora.

Por supuesto, todas las sospechas y las in-

criminales, apuntan en un caso a E. B. G. y en el otro a Bánzer, cuyas respectivas responsabilidades parecen insoslayables infamante violación del derecho de asilo, en el caso de Bordaberry, por la creación de un secretario de la Presidencia que había asistido al entierro de Gutiérrez Ruiz (que era su amigo). Un episodio que podría titularse: relevo de pruebas. No obstante, que recordar que en las buenas novelas casi nunca ocurre que el asesino sospechoso número uno.

Uno no puede evitar algunos recuerdos, por ejemplo, que en Estados Unidos ha ocurrido perfectamente en claro que la CIA ultimó, entre otros, a Mossadegh, a Lumumba, al general René Schneider, e intentó asesinar a Fidiel Castro en más de 20 ocasiones. Ahora bien, la posibilidad de que, luego de tan importantes revelaciones, la CIA haya cambiado su política, pero también cabe la posibilidad contraria: lo pronto, nadie mejor que la célebre agencia para saber que Gutiérrez Ruiz era, dentro del Partido Nacional, uno de los dirigentes más aptos para el constructivo diálogo con las fuerzas opositoras en Uruguay.

Wilson Ferreira Aldunate, líder de ese partido, declaró en París que una semana antes de su secuestro "Gutiérrez Ruiz se entrevistó con un grupo de civiles y militares procedentes de Montevideo, que querían discutir con él la posibilidad de convocar a elecciones". Pero, sobre todo, nadie mejor que la famosa agencia para saber del creciente prestigio de Michelini, cuya levantada actitud en el exilio (vale la pena recordar su brillante intervención en la sesión del Tribunal Russell celebrada en Ginebra) su condición de orador brillante y su amor por la sufrida patria, lo convirtieron desde ya en una de las más importantes figuras del nuevo Uruguay, que algún día será suyo.

Es probable que en un futuro no lejano se sepa la verdadera historia de los monstruosos crímenes de Buenos Aires. También es posible que haya que esperar algunos años para que algún sagaz periodista de *Washington Post* o de *The New York Times* revele que la CIA tuvo algo que ver en esto. Y es más probable aún que para eso se necesiten ciertos flexibles y oportunos analistas que ya no corresponde denunciar verdaderos responsables de este horror y en cambio prefieran elogiar la libre prensa en los Estados Unidos.